

Autodestrucciones

A veces, los hijos se empeñan en tirar su vida por la borda. Sin más pretensión que ser felices para siempre y desde ahora, intensamente, ciertos jóvenes abandonan todo lo que suponga sacrificio y esfuerzo con la creencia de que sólo lo fácil es placentero, de que sólo lo invertido en el presente es rentable. Los padres, que ya vivieron ese presente, quizá con el mismo afán de sus hijos, y viven ahora el futuro que les aguarda a ellos, asisten espantados a esa explosión de vida convencidos de que el sencillo argumento de sus hijos es en realidad una simpleza que los llevará a la destrucción. De nada sirven sus consejos, de nada sirve el ejemplo de sus vidas, de nada sirve señalar en el plano del futuro el abismo que trunca los caminos ligeros y cómodos, de nada sirve, en fin, el dolor expreso de un padre a los ojos de un hijo pendiente en exclusiva de sí mismo, incapaz de sentir más dolor que el que le produce la falta de satisfacción inmediata de un capricho.

Algunos padres, ante la voluntad ciega y torrencial de sus hijos, piensan que ya no pueden con ellos y se abandonan. Convertidos en pozo de dinero o en abogados de oficio, se allanan por sistema, y vagan por la vida familiar como sombras, como espectros, financiando antojos y sacando a sus hijos de atolladeros, alimentando, así, un círculo vicioso que lleva a toda la familia, no ya sólo al hijo, por un callejón con salida a ninguna parte.

Pocas imágenes provocan más piedad que la de un padre derrotado. Pocos errores son más graves que el de renunciar a tu propia vida por los errores de otro, aunque ese otro sea tu hijo.

Juan Bosco Castilla